



LA POLITQUERIA PICARESCA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, junio de 1916.

Se empieza a emplear en otras lenguas que la inglesa la palabra «politician» por distinción y acaso en el fondo oposición a la política, en el sentido de un hombre que toma la política como un oficio o profesión y no va a ella sino para medrar, ya para vivir de ella, ya por ambición puramente individual, ya por vanidad. Y no pocas veces por amor a la técnica. Pues hay, en la política, como en todos los puros técnicos, los del arte por el arte, a quienes no les da cuidado alguno el fin humano y trascendente del arte que sea, y en este caso el de la política. Yo les llamo politiqueros.

Para el politiquero, a quien puede faltarle, y le suele faltar, el sentimiento y el sentido de la ciudadanía, lo capital es hacer elecciones; la política para él no es sino el arte de ganar elecciones. En las elecciones se cifra para él todo. Y cuando coloca a sus amigos y les da puestos no es tanto en premio a sus servicios electorales cuanto para tenerlos a su servicio en elecciones. Para el politiquero, que no es más que un electorero, el ciudadano se reduce a un elector y toda la soberanía popular se cifra en el sufragio. En cuanto ha hecho elecciones el politiquero no sabe ya qué hacer. Tiene que legislar y legisla en vista de las consideraciones, pero él preferiría

no legislar. Por eso suele decir que él administra más bien que legisla.

Los programas le estorban al politiquero; le estorban las ideas. Dice de éstas que son como el lastre, que hay que ir echándolo para que el globo suba, frase que aprendió bien nuestro más conspicuo politiquero español, el que hoy nos rige. Del cual es esta otra: «Yo no le pregunto a nadie cuando viene a mi partido cómo piensa; puede pensar en política como quiera; lo que yo necesito son amigos». Y una vez, hablando conmigo, me dijo de cierto sujeto que era de los «suyos» y le cogió un apelativo en —ista. Yo, por mi parte—y así se lo he dicho—creería rebajarle a la categoría de una res si fijera de alguien que era de los «mos», así, en posesivo, y no quisiera ofender a ninguno de mis amigos llamándole unamunista.

«Y cómo así tú, el abogado de la personalidad y del personalismo?» podrá decir alguien. Precisamente por eso. Es el respeto a la personalidad lo que me veda caer en eso que suele llamarse, muy mal llamado, personalismos, y que debiera llamarse fulanismo. Porque una persona, la tuya, lector, la mía, la del otro, es una cosa, y un fulano es otra. Y yo, como persona o personalidad, y tú, lector, como tal, somos una cosa y otra como fulano o Zutano o perencejo Persona, que significó primero máscara de teatro, trágica o cómica, significa el papel que representamos en la tragicomedia de la vida y de la sociedad humanas, y es la substancia misma de nuestra conciencia. Y no añado: «social», porque en rigor no hay más conciencia verdadera que la conciencia social, y producido de la sociedad son nuestras sendas conciencias personales. Pero un fulano es otra cosa. El político verdadero, el estadista, tiene valor de personalidad; el politiquero, el caudillo de bandera, el organizador de elecciones, no pasa de ser una franquicia. Sólo que como está al servicio de otras franquicias, de aquí su fuerza, y cuando el fulano es cínico y se jacta de su falta de idealidad elevada, de su sentido práctico, de lo que algunos llaman oportunismo

o posibilismo, entonces hay que huir de él como de la peste.

Suele decirse, y yo lo he dicho muchas veces, que ningún ciudadano debe abstenerse de tomar parte en la cosa política; que todos tenemos el deber de pronunciamos en uno u otro sentido ante los problemas políticos; que la neutralidad política es un gravísimo pecado civil y contra la civilidad y la civilización; pero eso no quiere decir, ni mucho menos, que hayamos de matricularnos en uno de los partidos organizados con programa y jefe, más con jefe que con programa. A fines de enero me escribía el actual ministro de hacienda, entonces de gobernación (interior), y entre otras cosas me decía: «Ya que invoca V. al gran Costa (de quien todos pudimos y debimos aprender mucho, menos el abandono en que por desilusión o escepticismo, dejé en los últimos días de su vida su puesto preeminente en la vida pública), le diré que si es cierto que el cuerpo español necesita un «cirujano de hierro», la obra de éste no conduciría sino a nuestra invalidez definitiva, de no ser completada por la de un «hábil ortopédico», que por los procedimientos modernos, supliere, hasta donde los medios artificiales permiten, los órganos y miembros amputados para evitar la gangrena, y que, en ocasiones, acertara a hacer innecesaria la intervención quirúrgica. Y esa debe ser la doble aspiración del político que tenga conciencia de su cometido, y de los que, sin querer llamarse «políticos», ya sea por rigidez de principios, ya por mantener una postura que consideran gallarda, hacen, mal que les pese, «política», en el sentido de infundir con sus predicaciones en la gobernación de los pueblos». Esto que me escribía el ministro no es ni muy nuevo, ni original, ni demasiado profundo, pero es razonable y merece un comentario, que tampoco será ni original, ni profundo.

No es cierto, en primer lugar, que el gran Costa abandonara en sus últimos días su puesto preeminente en la vida pública. Lo que hizo fué no ir a ocupar su puesto en el parlamento, y en esto creo que obró muy cuerdatamente. Su labor y su acción políticas estaban en otra parte. Hay quien gana en eficacia y sirve mejor a su patria yendo al parlamento—no soy antiparlamentarista—que manteniéndose fuera de él; pero hay quien pierde acudiendo a ese palenque, y creo que Costa habría perdido. Costa, gran orador y mucho mejor publicista, habría debilitado su acción y su eficiencia en el parlamento. Y hubiera influido en él, en el parlamento desde dentro mucho menos y peor que influyó desde fuera. Hay quien se hace oír y respetar de los parlamentarios, y merced a esta audiencia y este respeto influye, mediante el parlamento, en su país, y si entrase en él acabarían oyéndole o haciéndolo como oyen a los más de los suyos, y le perderían el respeto. Spencer pudo decir que él había contribuido a la legislación de su país tanto como el que más entre los miembros de la Cámara de los comunes, y si Spencer llega a entrar en esa cámara es muy fácil que hubiese perdido su influencia en ella.

Quiero dejar lo de la cirugía de hierro y la ortopedia, y no sé si España no necesita un enyesado como el del método Abbot para corregir escoliosis—y el espinazo de la patria está bien escoliótico!—ni tampoco sé si es precisamente para evitar gangrena para lo que se usan miembros artificiales. Voy a otra cosa.

En eso de los que no quieren llamarse «políticos», «ya sea por rigidez de principios, ya por mantener una postura que consideran gallarda» quería el ministro aludirme, pero se equivo-

caba, como se lo dije; y eso que me conoce bien y hace tiempo. Nunca he rehusado llamarme político, sino que por tal me tengo, pues que me tengo por ciudadano. Lo que rehuyo es ser politiquero o electorero. Hago política—¡claro que lo hago!—y no mal que me pese, sino complaciéndome en ello, y sé—¡por qué no he de decirlo?—que aunque sea poco, influyo algo con mis predicaciones en la gobernación de mi pueblo. Ahora, lo que estimo más es lo que los politiqueros, los profesionales de la política o políticos de oficio, llaman hacer política.

¿Hay nada más absurdo, y en el fondo más inmoral, que eso de presentarse un fulano cualquiera para que sus conciudadanos le voten para tal o cual puesto público de representación popular? «Aquí estoy yo—líce el fulano ése,—que vengo a pedir que me votéis para este cargo. Otras veces finge que es a ruego de sus amigos, o que se lo pide su partido. Y sobre esto hay toda una vergonzosa jerga. Y luego va pidiendo votos o arrancándolos o comprándolos o robándolos o inventándolos. He ahí algo que estimo inmoral. Y hasta estimo inmoral el que uno se afilie y aliste en tal o cual partido «para» que mañana u otro día se le elija concejal, o diputado o senador. Y hay que reconocer que son legión los que se alistan en este o el otro partido sin otra finalidad. No ya el comprar o robar votos, el mendigarlos uno a uno o en gruesas me parece indigno de un ciudadano.

Siempre que me han hablado de que ingrese en un partido político, es decir, que me ofrezca a un caudillo y me apunte en sus huestes y no que manifieste mis ideales políticos, he contestado que soy un franco-tirador de espíritu poco disciplinado para esa disciplina fulanista, y que quiero mantenerme orejisano y sarabaita. Llamen nuestros ganaderos orejisanas a aquellas reses que escapan sin hiera, marca o cifra de ganadería—orejisanas, es decir, sanas de oreja, sin cortes en ella, como se los hacen a terneros o cochinos—y que se consideran «res nullius», cosa de nadie, y no hay dueño que las pueda reclamar, pues no llevan señal de él. Supongo que ahí, en América, se conocerá la palabra o alguna otra equivalente. Y lo de sarabaita es de la regla de San Benito. En la cual, al dividir a los monjes en cuatro géneros, dice que el peor de los cuatro es el de los sarabaitas que viven juntos como los cenobitas y no aislados como los anacoretas o ermitaños, pero sin regla aprobada y dándose la ley que a ellos mejor les place. Algo así como los de la abadía de Thelème de que nos cuenta Rabelais. Y confieso que me tira el sarabaitismo.

Hay un género de llamada disciplina política que me repugna tanto como la tan celebrada por muchos disciplinada tautónica. Es más: me parece que no es tal disciplina. Porque la verdadera disciplina—«disciplina», de discípulo—responde a un magisterio. Y la jefatura política no suele ser magisterio, ni el caudillo electorero tiene nada de maestro, como no sea en picardías y malas artes. ¿Con qué razón ni justicia el jefe de un partido político se mete, haciendo de pontífice, a excomulgar a tal o cual, como si fuese depositario de la doctrina? Pérez, López o Sánchez podrá declarar que éste o aquél no es un buen precicista, lopecicista o sancheicista, y acaso ni aun esto, pues hasta el perecismo cabe que lo entienda otro mejor que Pérez mismo; pero, ¿quién es él para declarar que tal o cual no es buen liberal o radical o conservador o socialista o lo que fuere? Todo esto es de clavo pasado, ya

4-592





lo sé; pero hay que seguir pasando clavos.

Recuerdo que en un banquete que se dió en la ciudad de Zamora al conde de Romanones, y banquete a que asistí, de esto hace ya cerca de catorce años, se empeñaron en que yo hablase—lo quiso el mismo conde, que acaso buscaba ya, como ha buscado luego, cortarme la oreja haciéndome fulanista—y hablé para decir que aunque fuera del llamado—y muy mal, por cierto—partido liberal, y de todo otro partido, me tenía, como sigo teniéndome, por liberal, pero del verdadero liberalismo, del que dicen nuestros trogloditas que es pecado, y no del otro, que ni es pecado, ni es nada más que politiquería electorera. Y unos años más tarde fui a la ciudad de Valladolid a explicarles en un círculo liberal, que no pasaba de ser un círculo fulanista con vistas a las elecciones y distribución de cargos, lo que es el liberalismo desde que con la caída de nuestros primeros padres y el haber probado la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, fué fundado en el Paraíso o donde fuese y como fuese. (Es la leyenda que mejor simboliza el liberalismo y el progreso.)

En cuantas ocasiones ha surgido algún movimiento político de alguna importancia en mi patria, he tomado partido en él y me he manifestado procurando influir en la manera de pensar de mis conciudadanos, y alguna vez no sin cierta resonancia. Lo que nunca he hecho es alistarme en una bandera y someterme a la jefatura de un caudillo para que se me encasillara como candidato en unas elecciones.

Y si cuento estas cosas así, de manera tan individual, no es más que como ejemplificación de generalidades. Y prosigo.

En cierta ocasión uno de nuestros caudillos, el conde de Romanones, me ofreció hacerme un compañero de caudillo, del que era yo ya caudillo, me llevaran al senado como su representante, y lo rehusé. Estimaba, en rigor, hasta una ofensa a mis compañeros, porque eso quería decir que sus sufragios dependían del caudillo, que no eran ellos verdaderamente libres. Y menos que nadie podía consentir que fuesen mis propios compañeros los que me eligiesen porque así el amo se lo mandaba. No podía ni debía corroborar esa vergonzosa servidumbre. Dúliame ver a todo un claustro universitario convertido en el más servil colegio electoral y votando por pordiojería y movido de mercedes y promesas de ellas. Pero llegó otra coyuntura en que ese mismo claustro espontáneamente, sin indicación ni presión de caudillo alguno, en un arranque de independencia me ofreció llevarme al senado, y entonces sí que acepté, aunque sin pedir a nadie su voto. Y habría seguramente sido nombrado senador si los politiqueros, los políticos de oficio, los caudillos de la electorería picaresca no se hubiesen percatado de la rebelión que ello implicaba. Era menester o que yo me matriculara, que me dejase cortar la oreja, o que no saliese. Y entonces el picarismo hizo una de las suyas. El ministro de instrucción pública de entonces, el mismo que luego y a consecuencia de esto me echó del rectorado, declaró incompatible el ser rector de una universidad y candidato a senador por la misma, como si el ser candidato fuese ser algo, desatino administrativo que ni había regido antes, ni ha regido después, y como no quise dejar el rectorado, hizo que mis compañeros, por no perjudicarme, no insistieran en haber de votarme. Y en tanto, otro rector, el de Zaragoza, dimitiese su cargo que permaneció vacante hasta que, elegido senador pocos días después, volvió a ser

repleto en el rectorado: elegante solución picaresca que se me habría indicado si hubiese yo accedido a dejarme cortar la oreja y ponerme un mote fulanista. Que es lo que se buscaba. Y tan se buscaba esto que el ministro aquel llegó a ofrecermelo, en compensación, otra senaduría, es decir, una que se la debiera a ellos, a los politiqueros, una a la que no me llevarán por ser yo o por mis bien conocidas ideas, sino por orden de un caudillo. Se me quiso, pues, cazar con lazo y cortarme la oreja luego. ¿No es entretenido e instructivo este proceso de politiquería picaresca?

Comisión de ideas no se me pella; ¿para qué? A nuestros politiqueros no les importan las ideas. Yo podía pensar como quisiera o no pensar; mientras fuese amarrado al encasillado y en virtud de haberme matriculado en una bandera creían poder tenerme embozalado. O en todo caso lo que el gran maestro de nuestra picardía politiquera, el conde de Romanones, buscaba era poder decir: ¡A éste lo he traído yo al senado! ¡Excelente Mecenas! Quiere tener en su partido, el suyo, el romanonista, el de su fulanismo, algunos de estos pobres diablos a quienes nos llaman intelectuales. Necesita esas flores en su guirnalda. En un partido hace falta de todo. Eso sí, siempre que no estorbemos. Algunos de los más sólidos y más merecidos prestigios científicos de España figuran—¡triste es decirlo!—en esa bandera fulanista. Y dijo Rousseau... pero no quiero repetir lo que Rousseau dijo. Se trata de españoles beneméritos, hombres de ciencia sólida, aunque detestables ciudadanos en punto a política, y he de cubrir sus flaquezas. Hay además un terrible desdoble de la personalidad. Y no sin razón los politiqueros desprecian a los hombres de ciencia o de letras o de artes que se meten en política. ¿No es entretenido e instructivo el proceso?

Se declaró, pues, aquella incompatibilidad, y cuando estaba ya acordado hacerlo me dijo un día Romanones, a quien ni pedir venía para aceptar lo que mis compañeros me ofrecieran, que frente a mí no se pondría con su anuencia otro. Claro que en el caso de que yo le hubiese pedido venía y me hubiera fulanizado de su bando dejándome cortar la oreja. Y no salí yo senador, pero tampoco el suyo, el marcado con su hierro y cifra. Y esta fué mi culpa y por ella, meses después, se me echaba del rectorado. Era un rebelde que pugnaba por la dignidad y la independencia del claustro universitario. ¿No es un proceso instructivo?

«¿Y qué más le daba a usted—me decía algún amigo—haberse matriculado en ese partido liberal dinástico, siendo como son sus ideas políticas perfectamente compatibles con las de él?» A lo que yo contestaba que ese partido no tiene ideas políticas de ninguna clase, ni pasa de ser una compañía de seguros mutuos para el asalto y el disfrute del poder. Fué el mío un atentado a la raíz misma de la constitución de la politiquería picaresca. Porque lo más grave es que un cuerpo electoral cualquiera pueda elegir su representante por sí mismo, sin consultar con el caudillo, ni pedirle su venia, y que luego vaya ese representante, y más si es tan indiscreto y libre de lengua como dicen que soy yo, a expresarse y obrar conforme a su conciencia y a sus convicciones y a la verdadera disciplina patriótica.

Y no es que una cierta indiscreción no sea aprovechable para el caudillo politiquero. Puede éste, por ejemplo, querer probar cómo cae una proposición en el país, y hace que uno de los suyos, de los de su mesnada, la suelte; si peca y no es mal recibida, la prohija



La politiquería picaresca.



y adopta; pero si cae mal y es mal recibida por la opinión, desautoriza al que la soltó y dejándole en mal lugar se queda él en salvo. Picardía muy elemental y hasta ingenua, pero de la que se ha servido el gran maestro de nuestra politiquería picaresca, y que aunque muy conocido el juego, le vale, cuando lo emplea, las risas aplausivas de los espectadores del sabnete. ¿No es todo esto altamente instructivo aquí y ahí y en cualquier otra parte?

Ved porqué los que más predicamos contra la neutralidad política, contra los neutros y contra la abstención, nos revoltamos contra esta politiquería picaresca—o picardía politiquera—que es la muerte de la verdadera política. Un politiquero así, un caudillo de bandera para hacer elecciones y asaltar

el poder, no tiene nada de estadista, ni tiene nada de patriota. Los tales desahacen patria. ¿Se comprende que quienes más predicaban la ciudadanía sean los que más atacan a los políticos de oficio o profesionales, a los politiqueros y politicastro.

Hay en el fondo de ello algo de arte; ¿cómo negarlo? No todo es ganas de medrar, ambición de mando, codicia y otras pasiones así; hay también un **clero** esteticismo. Hay un amor del arte por el arte mismo, un gusto perverso por la técnica pura. Conozco politiqueros de esos, electoreros, que se han perjudicado, que han perdido su fortuna. Pero también hay jugadores que se arruinan—los más de ellos—y nadie llama virtud al vicio del juego. Es más aun: creo preferible al que se mete en política para medrar y hacer carrera y colocar a los suyos, al que, sin ideales políticos, sin visión ni sentimiento de la civilidad y de los intereses colectivos de un pueblo, se mete en ella como deporte. Porque el deporte y la técnica por la técnica misma son dos de las peores cosas. Eso que podríamos llamar politiquería pura, la que no tiene en consideración otra cosa que la misma politiquería, la de aquellos que nunca han pensado en serio en el fin último del hombre y en el destino de las naciones, la política sin filosofía alguna, eso es mucho peor que la de aquellos que van a hacer negocio.

Causa horror y tristeza hablar con la mayor parte de nuestros profesionales de la política; no tienen ni una sola idea verdaderamente política. Muchos de estos se jactan de no leer un libro y pretenden leer en los hombres y conocerlos. Pero la experiencia me ha enseñado que quien aborrece la lectura no conoce a ciertos hombres. Esos políticos son buenos para un país que no necesita ser gobernado, que se gobierna solo, pero para momentos difíciles y en que hay que hacer, resultan nefastos. Porque su característica es no hacer, no gobernar, dejar correr las cosas. Y a esto se ha reducido entre nosotros el mal llamado liberalismo: a dejar pasar y dejar hacer. ¿Y libertad? Dicen que hay libertad en un pueblo donde no se mete en la cárcel a una persona honrada; pero yo os digo que si los pícaros y los bandidos andan sueltos por la calle no hay libertad en ese pueblo. Porque no hay autoridad en él.

En España, por ejemplo, lo más débil que hay hoy es el gobierno, y por débil hace todos los muchos disparates que hace. Sus torpezas, sus arbitrariedades, sus atropellos, son todos hijos de debilidad. Cede cuando no debe ceder y cuando debe ceder no cede. Y todo por debilidad. Si se le pide justicia mansa y correctamente, no hace caso, o tal vez contesta con una mal velada grosería o con un silencio groserísimo, y si luego se alza la voz y acaso se amenaza—un día los catalanes, otro los navieros, otro los harineros—exclama que no cederá a imposiciones. Pero los agraviados y atropellados saben que sólo obtiene justicia el que sabe y puede imponerse. Y además se han establecido dos castas: la de los privilegiados a cuyo frente están los ex-(ex-ministros, ex-diputados, etc.) y los demás. Sólo que todos empiezan a aprender el camino. Y así la picardía politiquera ha traído el régimen de la anarquía hipócrita, cuyos fundamentos son cobardía, pordiosería y secreteo. La gente cobarde pordiose y secretea, y va viviendo así.

Nos están convirtiendo en un pueblo de mendigos vergonzantes, cobardes y embusteros.

MIGUEL DE UNAMUNO.

